

HOMILÍA EN EL FUNERAL DEL P. SIMÓN KUZMANICH BUVINIC

Santiago, Gratitude Nacional 14.03.2016

P. Alberto Lorenzelli Rossi

Queridos hermanos y hermanas, esta Palabra de vida y de esperanza nos conforta profundamente ante el misterio de la muerte, de modo especial cuando afecta a una persona como el P. Simón Kuzmanic que más queremos. El Señor nos asegura hoy que nuestro hermano el P. Simón, por quien oramos especialmente en esta Santa Misa, que ha pasado de la muerte a la vida porque eligió a Cristo, acogió su yugo suave y se consagró al servicio de los hermanos y de los jóvenes.

“Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas”

Así pues, si nos entristece separarnos de él, y nos duele su ausencia, la fe nos conforta íntimamente al pensar que, como sucedió al Señor Jesús, y siempre gracias a él, la muerte ya no tiene poder sobre él. Pasando, en esta vida, a través del Corazón misericordioso de Cristo, ha entrado "en un lugar de descanso" (Sb 4, 7). Y ahora nos complace pensar al P. Simón en compañía de los santos, finalmente liberado de las amarguras de esta vida, y sentimos también nosotros el deseo de unirnos un día a tan feliz compañía.

La primera lectura —un pasaje del libro de la Sabiduría nos ha recordado que la verdadera ancianidad venerable no es sólo la edad avanzada, sino la sabiduría y una existencia pura, sin malicia. Y si el Señor llama a sí a un justo antes de tiempo, es porque sobre él tiene un plan de predilección que nosotros no conocemos: la muerte prematura de una persona a la que amamos es una invitación a no limitarnos a vivir de modo mediocre, sino a tender lo antes posible hacia la plenitud de la vida.

El mundo considera afortunado a quien vive muchos años, pero Dios no mira la edad, sino la rectitud del corazón. El mundo da crédito a los "sabios" y a los "doctos", mientras que Dios siente predilección por los "pequeños". La enseñanza general que se deriva de esto es que hay dos dimensiones de la realidad: una más profunda, verdadera y eterna; y la otra, marcada por la finitud, la provisionalidad y la apariencia.

Dios es la verdadera sabiduría que no envejece, es la riqueza auténtica que no se marchita, es la felicidad a la que aspira en profundidad el corazón de todo hombre. Esta verdad, que recorre los Libros sapienciales y vuelve a aparecer en el evangelio de Lucas que apenas hemos escuchado, se cumple en la existencia y en la enseñanza de Jesús. En la perspectiva de la sabiduría evangélica, la muerte misma es portadora de una enseñanza saludable, porque obliga a mirar cara a cara la realidad, impulsa a reconocer la caducidad de lo que parece grande y fuerte a los ojos del mundo.

El evangelio de Lucas nos acerca a la comprensión cristiana de la muerte. Más allá de su aparente realidad de final del camino, de término de la vida, de trágico desenlace, la muerte es un encuentro, o mejor, un re-encuentro con el Dios que, no sólo nos da la vida temporal y terrena, sino que nos hace partícipes de su propia vida divina: Si somos hijos por el Bautismo, seremos herederos de su Reino.

“Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas”. Estad preparados y dispuestos para acoger al Señor que está viniendo continuamente a animar y fortalecer nuestra esperanza: Viene en la Eucaristía, en su Palabra y en toda Persona que necesita nuestra compañía y ayuda.

“Estad preparados porque a la hora que menos penséis viene el Hijo de Dios”. Es una llamada a la constancia, a hacer definitivos nuestros compromisos, a trabajar y orar con dedicación, a dar importancia a nuestro vivir diario, a nuestra rutina cotidiana. Porque es en nuestro caminar día a día, en los pequeños detalles, en la normalidad de la vida, donde hemos de ir descubriendo la presencia del Señor. Él nos sorprende, se presenta sin avisar, o mejor está siempre a nuestro lado. Por eso hemos de estar atentos, vigilantes, para descubrir su presencia y preparar nuestro encuentro. El P. Simón llegó a este momento preparado, pronto al encuentro con el Señor

La Vida del P. Simón Kuzmanic

El Padre Simón Kuzmanich Buvinic nace en Punta Arenas, el 2 de junio de 1924, hijo de Pedro y Magdalena, inmigrantes croatas, provenientes de la isla de Brac, en el archipiélago dálmata. Su madre fallece cuando él tenía sólo dos años de edad, lo que marcará profundamente la vida de nuestro hermano, pues extrañará muchas veces el afecto de su madre, y el no haberla conocido ni disfrutado como todos los niños. Él, con su hermano Clemente, son enviados a un hogar de menores gestionado por unas religiosas para su cuidado, ya que su padre tenía que trabajar y no podía tenerlos todo el día. Allí aprendió el amor a Dios, sus primeros conocimientos de las cosas, el afecto de personas que procuraban su bien.

En 1932, a los ocho años, entra como alumno interno, al Liceo San José. Allí permanecerá hasta 1936. Es decir, todos sus cursos básicos o de preparatoria los realizará en esa casa salesiana, por la que guardará grande afecto toda su vida, pues allí conocerá a los salesianos, especialmente a los asistentes que compartían los juegos, las clases y el estudio con los alumnos internos. La enseñanza media la inicia en el Instituto Don Bosco, donde estará entre los años 1936 y 1938. El niño Simón, cuando llega al Instituto Don Bosco, ya ha tenido una experiencia vocacional decidora y concluyente en el Liceo San José. Recordaba el P. Simón que un día, estando en el patio, cursando el 5º básico de ahora, se encontró con el Monseñor Arturo Jara Márquez, obispo salesiano de Punta Arenas. Al verlo imponente, con un traje del todo espectacular para un niño, quedó fascinado. Pero sobre todo, porque el obispo bajaba al recreo, para conversar con los alumnos. Fue allí que el P. Simón escuchó una pregunta: "*Oye, Simón, ¿te gustaría*

ser como yo?.. ¡Bueno!, le dije... Al tercer día me enviaron al Aspirantado, que se hacía en el Instituto Don Bosco". Con los años, con ironía y sorna, decía que nunca se había vestido como el Obispo, que había sido engañado.

Así son los designios de Dios. Un encuentro casi casual, fantástico, curioso, le significará en definitiva, su vocación, su único amor, su vida entera.

Era otra Inspectoría, la de San Miguel, que unía las casas de nuestra tierra austral y de la zona argentina. Tierra de misiones y de misioneros, de historia salesiana de la más genuina y sacrificada, de santidad lograda en el amor a Dios, a María Auxiliadora, a Don Bosco, a la gente sencilla, y curtida con el clima austero y severo que sólo se conoce allí.

Su Vocación y Formación

Al poco andar en su formación inicial, es enviado a Santiago para proseguir con su aspirantado y los estudios de enseñanza media. Así es como llega a la casa salesiana de Macul, por allá por el año 1939. Lejos de su tierra, de su único hermano y de su padre. Lejos de sus paisajes y amigos que eran parte de su vida hasta ese entonces. Tiene quince años. No se volvía fácilmente a casa para visitar familiares o hacer experiencias pastorales. Se tenía que "aclimatar" no sólo a nuevas temperaturas y costumbres, sino a una vida totalmente nueva y exigente, como lo pide el Señor en el Evangelio. La casa de Macul se caracterizaba por su gran amor a Don Bosco, pero se vivía en una pobreza y sencillez extremas, con un clima donde se pasaba más frío en los espacios y dependencias, que los que había sentido en su propia tierra de origen. Eran tiempos de depresión económica y de guerra mundial, de agitaciones políticas en el país que hacían temblar las tradiciones católicas y sociales que siempre nos habían caracterizado. En esa casa, los salesianos sabían transmitir el más genuino espíritu salesiano, caracterizado por la amabilidad, la alegría, las celebraciones pomposas, las fiestas contempladas, las liturgias bien preparadas, el rigor en los estudios, el teatro y el canto, el trabajo arduo en el campo para cultivar la viña, cuidar los animales y las aves, que permitían el sustento de toda la comunidad, muy numerosa de formandos.

En Macul, su director será el P. Luis Negri, italiano, quien también había salido tempranamente de su familia y de su tierra, para llegar a Chile a hacer el noviciado. Sabía lo que era el desapego, el abandono total en las manos de Dios, la renuncia radical de todo lo anterior. Sabía cultivar el espíritu de familia con el de la disciplina y del cumplimiento exacto de las obligaciones. Las observaciones que dará del aspirante Kuzmanich, señalan: *"Joven de vida de piedad; amante de las cosas de la Congregación; tiene gusto por la lectura; un poco reacio a las amistades"*. Las razones que expresa el P. Simón en su carta de petición para iniciar el noviciado, las expone claramente: *"Deseo hacerme salesiano para asegurar la salvación de mi alma y las almas que el Señor se digne confiarme. He dado un vistazo a mi vida pasada, y creo que, con la ayuda de Dios y de su Madre Santísima, me siento con las fuerzas*

necesarias para vivir según la vida salesiana". Es aceptado para iniciar su noviciado y lo realiza en Santa Filomena, Jahuel, en el año 1942. Su director será el P. Carlos Gardois, originario de Cumiana, Turín, quien había conocido a Don Bosco, por lo que aseguraba a sus novicios el mejor espíritu que ha tenido la Congregación. Su maestro, será nada menos que el querido y recordado P. Guillermo Quiroz, quien estaba regresando de largos años pasados en Italia, donde había ido para formarse y ser el gran salesiano que fue. Nuevamente deberá aclimatarse a otro ambiente, más pequeño y aislado, lejos de todo y de todos, muy caluroso en el verano y con mucha sencillez. Pero como vemos, la providencia de Dios lo puso en muy buenas manos.

Al pedir ser admitido a los votos trienales, sus formadores dirán del joven novicio Kuzmanich: *"Salud buena; muy estudioso; de carácter irascible; ...demostró siempre buena voluntad"*. El P. Inspector de la época, don Gaudencio Manachino, y su consejo, lo aprobarán, por unanimidad, para la emisión de los votos. Profesa el 31 de enero de 1943, junto a otros novicios, entre ellos el P. Quintín García. Renovará sus votos en 1946 y hará los perpetuos en 1949.

El posnoviciado lo realiza en la casa de Macul, donde ya había estado como aspirante. Allí profundiza en los estudios, a los que se dedica con gran pasión, especialmente al latín y a la Historia, materias que dominará a la perfección y que le permitirán hacer mucho bien en su larga vida salesiana. Al pedir hacer los votos perpetuos, escribía a su director, el P. Juan Aliberti: *"El fin que me mueve es el de asegurar la salvación de mi alma, mediante el trabajo en medio de la juventud pobre y abandonada, y entre los infieles según el beneplácito de Dios, manifestado en la voluntad de los superiores"*.

Concluido los estudios de la filosofía, es enviado para el tirocinio al Liceo San José de Punta Arenas. Allí estará dos años, 1946-1947. Luego, el tercer año de esa experiencia, lo realiza en el Instituto Don Bosco, año 1948.

Vuelve a Santiago, a la casa de La Cisterna, para realizar sus estudios de Teología. Allí estará entre los años 1949 y 1952. Tendrá como director sus dos primeros años, al P. Carlos Piccin Corocher, y como formador, entre otros, al P. Egidio Vigandò. Los dos últimos años de teología tendrá como director al P. Raúl Silva Henríquez, de quien guardará grandes y gratos recuerdos. Al pedir la sagrada ordenación sacerdotal, el diácono Simón dirá: *"Mucho lo he pensado, y mucho lo he rezado y meditado, especialmente sobre las obligaciones que lleva consigo dicha orden. Creo, que con la ayuda de Dios, podré ser fiel a ella"*. Sus formadores lo aprobarán, afirmando de él: *"De buena voluntad, hábil en el desempeño de sus quehaceres, un poco sentimental..."*. Así las cosas, es aceptado para la ordenación sacerdotal, la que tendrá lugar el 7 de diciembre de 1952, en la Catedral de Punta Arenas, por imposición de manos de Mons. Vladimiro Boric, obispo de esa diócesis, coterráneo suyo, hijo de croatas y salesiano también.

Una vida entregada y generosa

Hace, entonces, más de setenta y tres años que nuestro hermano ha recorrido nuestra Inspectoría como salesiano y sesenta y tres años como sacerdote para anunciar a Cristo y haciendo vida su lema sacerdotal: "*Compelle intrare*" (Forzados a entrar), de Lucas 14,23. Su agitación pastoral, su servicio ministerial, su trabajo como insigne profesor de Historia y Ciencias Sociales, serán manifestaciones de ese deseo y meta que se había propuesto desde el primer instante de su camino sacerdotal: ayudar a que muchas personas pudiesen entrar en el camino de la fe y en el mismo cielo, meta última de todo buen cristiano.

El P. Simón ejerció su sacerdocio en varias casas salesianas de Chile: Punta Arenas-San José, en varias ocasiones, total 14 años. Punta Arenas-Don Bosco, en dos ocasiones (1956-1957; 1972-1974); Salesianos Alameda (1962); El Patrocinio de San José (1963); Concepción (1967-1968; 1970-1972); Valdivia (1969, 1974-1975); Oratorio Don Bosco (1981-1984), La Florida-Teologado (1987-1988); La Florida-Prenoviciado (1989-1994); Casa Inspectorial, en varios períodos (1980, 1985-1986; 1995-1999; 2009 y 2014); Valparaíso (2000-2008).

Entre los años 1971 y 1974 sirvió en el Obispado Castrense como capellán militar. Estando en ese servicio, le toca vivir la experiencia del golpe militar y todas sus consecuencias. Estando en Punta Arenas, tiene que asistir a los condenados a muerte, a los presos políticos, a los oficiales y suboficiales uniformados, familias de un lado y de otro. Conservaba el recuerdo de esa época dolorosa, pues también tuvo que interceder por más de alguno para salvarle la vida. Al mismo tiempo, combinaba este trabajo con las clases de Historia que impartía en el Instituto Don Bosco de Punta Arenas.

Ocupó el servicio de Secretario Inspectorial desde el 25 de febrero de 1980, hasta el 18 de febrero del 2000. Como él decía a la hora de sacar cuentas exactas: "*¡Veinte años, menos siete días!*".

Escritor y Historiador

Como decíamos anteriormente, el P. Simón al dedicarse a la acción propia de la Congregación, eligió como camino de evangelización y acción pastoral, las asignaturas de las Ciencias Sociales e Historia. Esto le permitió ahondar en la historia nacional y, especialmente, en la austral. Con ocasión del centenario de la presencia salesiana en Chile (1887-1987), la Inspectoría le confió la misión de escribir una historia, obra que tituló "Presencia Salesiana, cien años en Chile". El primer volumen fue editado el mismo año del centenario, que comprendió los antecedentes e inicios de la Obra Salesiana en el país.

El año 1990 publicó el segundo volumen de la Historia Salesiana, que tituló: "Presencia Salesiana, 100 años en Chile - La expansión", que llega hasta el año 1920. Y en 1997 publica el tercer volumen, que llevará por título: "Presencia Salesiana, 100 años en Chile - La consolidación", que cierra los 100 años de Historia Salesiana Chilena con un epílogo en que se resume, brevemente, lo acontecido durante el primer decenio del segundo centenario (1987-1997).

Escribe otros pequeños ensayos históricos y etnográficos: "Contando la cronohistoria de mi colegio" (1979, referida a su vivencia en el Liceo San José de Punta Arenas); "Cuatro pueblos y un destino (1980, trabajo etnográfico sobre los aborígenes australes, recientemente traducido al inglés); "Presencia salesiana en última esperanza" (1983, sobre la Obra Salesiana de Puerto Natales). Por espacio de 35 años, el P. Simón se dedicó a ser profesor de Historia. Ahí gozaba con los espacios que le permitían las preguntas de los alumnos, para revivir los hechos históricos con particular destreza y entusiasmo. Algunos alumnos creían todo lo que él afirmaba, pues lo hacía con mucha convicción, aunque después, al leer con más cuidado los libros de historia, descubrían que había un "cierto género literario" en su profesor.

Son muchas las casas salesianas de nuestra Inspectoría que, con ocasión de sus aniversarios más significativos, pidieron al P. Simón que realizará una clase histórica magistral que él, humildemente, llamaba conferencias de carácter histórico. Lo hacía con gusto y buena disposición, basándose en sus propios estudios y libros escritos.

Nuestro hermano no sólo se destacó como sacerdote y profesor de Historia, sino que también por sus capacidades histriónicas y el amor al teatro, pues lo había aprendido de parte de sus formadores y salesianos del primer momento de su camino, para entretenerse ellos mismos como internos y, luego, para animar la sana distensión de los alumnos a su cargo.

“Aún en la vejez darán fruto”

Desde años que padecía de afecciones cardíacas y renales, que fueron minado sus fuerzas. Esto no le impidió preparar sus Bodas de Diamantes sacerdotales celebradas en el 2012, las que celebró con gozo y emoción, pero de manera simple y sin mucha bulla. Siguió haciendo lo que podía, especialmente actualizando, con santa paciencia, la nómina de todos los salesianos que han pasado por nuestra Inspectoría, ubicando la foto de casi todos ellos. Tenía la intención de tener ese trabajo terminado y publicado, con ocasión del Bicentenario de Don Bosco. Además, a él le debemos el minucioso y único Necrologio de la Inspectoría, en sus dos ediciones, que nos permite escuchar, cada día, lo más esencial de cada hermano en su paso entre nosotros.

El P. Simón supo vivir lo que había prometido en su primera profesión y en los demás pasos: salvar su alma y el alma de los que le fueren confiados, ser todo del Señor

y hacer mucho bien. Podemos afirmar, también de él, que "pasó haciendo el bien", suscitando la risa y la alegría cuando contaba sus historias archiconocidas por todos, pero que siempre las relataba con original entusiasmo. Supo ser fiel y obediente a sus superiores, especialmente en sus largos años de servicio como Secretario Inspectorial, pues nunca reveló situaciones tratadas en los consejos inspectoriales que le tocó oír (que fueron muchos), y siempre prestó especial servicio y respeto a todos los inspectores con los que trabajó, desde el P. Nicolussi hasta el actual inspector.

No buscó los primeros puestos, pues se sentía más cómodo en el trabajo directo con los jóvenes en aula o en el patio. Aunque prestó algunos años el servicio como director en Valdivia y el Oratorio Don Bosco, se las arreglaba para que otro hermano asumiera más responsabilidades y decisiones. Él se encargaba de "inaugurar y bendecir" las obras que otros hacían. Supo ser austero y pobre, sin jamás pedir nada para sí, contentándose con lo justo para vivir y realizar su labor. En sus años de madurez y ancianidad, gustaba de estar en el patio de Valparaíso asistiendo a los más pequeños, atendiéndolos en sus necesidades básicas y riendo de buena gana con sus historias y bromas. Supo ser el religioso fiel, de oración permanente, de la misa celebrada siempre con solemnidad y cuidado, del rosario recitado solo o en comunidad. Supo ser el buen pastor para muchas personas en las capillas que le tocó servir, especialmente en el puerto de Valparaíso, pues se preocupaba de asistir a esa comunidad de fieles en todas sus necesidades. Supo ser el hermano siempre presente en los momentos comunitarios e inspectoriales, el confesor seguro de alumnos y salesianos, de adultos y religiosas, el hermano disponible para las tareas que se le encomendaban. Supo ser siempre y en todo, el sacerdote de Cristo, el "alter Christus".

Sus más de 91 años de vida, sus 73 años de profesión religiosa y sus más de 63 de sacerdocio, nos indican que Dios es bueno, que ama su pueblo y les envía siempre buenos pastores, hombres generosos que entregan todo, hasta el último instante, por el bien de las personas que se les han confiado. Que han tenido que hacer muchas renunciaciones y superar dificultades, saber adaptarse a los cambios de todo tipo y a ser disponible a la misión de la Congregación.

Tendremos siempre un grato y agradecido recuerdo de nuestro hermano Simón. Que pueda abrazar a sus seres queridos, especialmente a su mamá que no pudo tener; a sus hermanos salesianos y superiores que le aportaron en su carácter y disposición; a sus numerosos exalumnos que gustaron de la Historia en sus clases. Que haga reír de buena gana con los relatos de sus historias y anécdotas, a los salesianos que le han precedido.

Querido P. Simón, ¡descansa en paz!